

C.S. LEWIS

Dios en el banquillo



Esta colección de ensayos tiene en común con las demás obras de C. S. Lewis el hecho de ser un libro arrojado y valiente, sutil y afilado, que expresa lo trascendente con claridad de mediodía. Es éste uno de los grandes logros de Lewis: hacer coexistir, en buena armonía, la sencillez y el rigor, la transparencia y la precisión al hablar de temas como los milagros, la relación ciencia-fe, la Redención o el destino final del hombre.

Pero Dios en el banquillo es también una obra única por su juiciosa doctrina moral y su razonada defensa de la Ley Natural. Frente a ciertas «éticas» formales, utilitaristas e indoloras, que son como hojas arrancadas de una rama, faltas de savia y vitalidad porque carecen de fundamento, Lewis presenta la moral cristiana como una bocanada de aire fresco.

Presentación

Pecaría de petulancia si a estas alturas, cuando el mismísimo cine ha difundido los pormenores de su vida portentosa, pretendiera descubrir la grandeza literaria, filosófica y personal de C. S. Lewis. El inmenso, profundo y espejeante océano de su obra fue surcado hace tiempo por navegantes ansiosos de verdad y belleza: la belleza de unas palabras bien dichas y la verdad de unos pensamientos bien meditados. ¿Podré añadir algo a tanto y tanto como se ha escrito sobre él o habré de seguir la estela sin rastro de los caminos del mar? Su conversión, un dorado día de septiembre tras amena conversación con Hugo Dyson y J. R. R. Tolkien bajo los árboles rumorosos del Addison's Walk, ha sido narrada con detalle por A. N. Wilson. Muy conocida es también su época de estudiante, su actividad académica, primero en Oxford, «ciudad de deleites y agujas de ensueño» (Matthew Arnold), y después en Cambridge, por cuyas estrechas callejuelas atestadas de historias uno cree ver todavía, absortos y meditabundos, a Newton, Harvey, Darwin o Milton. A sus lectores les resultan familiares todas las peripecias de su existencia fecunda: la infancia feliz en la verde Irlanda, los años de «Tutor» y «Fellow» en el Magdalen College, las clases de Literatura Medieval y Renacentista en Cambridge, el inmenso amor por su esposa, un amor arrebatado, profundo, duradero, sentido, bello; su muerte serena en su casa de Oxford. Su obra, traducida a numerosos idiomas, ha sido devorada con pasión en los últimos años. Son legión los lectores que engrosan día tras día las filas apretadas de la lewismanía. Sus libros ejercen una extraña

atracción. Todo lo que tiene que ver con él se populariza de forma sorprendente.

Podría recrearme contando y cantando el prodigio de su amor inmenso, estrenado con cada nuevo amanecer, inmune al óxido de la rutina, capaz de vencer el «tiempo y la fosa» (Hólderlin). Lewis refutó con su vida que el amor sea pasajero y negó la necedad difundida a bombo y platillo por la literatura del corazón de que los sentimientos sean humo y el amor se acabe. Creía que el único adjetivo a la altura del amor, el único capaz de hacerle sombra, era «eterno». Puso todo su empeño en querer amar y estaba convencido de que la fuente del amor no agoniza cuando brota del venero inextinguible que «mana y corre». Sentía aversión por los amores a plazos, extendidos en letras que vencen a treinta, sesenta y noventa. Pensaba que todo «te quiero» es un clamor silencioso por un «para siempre». «Estar enamorado, dice Lewis, entraña la convicción casi irresistible de que se seguirá enamorado hasta la muerte, de que la posesión del amado no se limitará a proporcionar momentos de éxtasis, sino de felicidad estable, fructífera, hondamente enraizada y duradera». Así es. El amor no se aviene muy bien con el olvido y le saben a poco los instantes, que alarga y alarga buscando eternizarse. De ahí que los enamorados prometan siempre amor eterno, firme, inquebrantable. Pero no quiero aburrir al lector repitiendo un capítulo de la vida de Lewis divulgado por la magia del cine. Me ocuparé de algo nuevo para mí y, seguramente, para muchos de sus lectores.

Voy a acercarme al escenario de su vida y su obra. Lo hago embargado de emoción y sobrecogido por un profundo estremecimiento. Quisiera «pintárselo» al lector como preámbulo conmovido a Dios en el banquillo. El paisaje que inspiró tantas páginas de Lewis es un zoco de maravillas: los angostos callejones de Oxford, que serpentean de aquí para allá como silenciosas besanas de piedra; sus soberbios edificios espiritados, cuyos sillares centenarios repi-

ten el eco sonoro de la belleza y la sabiduría nacidas al abrigo de sus paredes pardas; las iglesias puntiagudas, empinadas hacia lo alto como nubes en busca del cielo; las hermosas y surtidas bibliotecas, la Bodleyana, la Radcliffe Camera, la del Duque Humfrey, las mudas veredas flanqueadas por la floresta perfumada a orillas del Támesis; la frondosa campiña inglesa, verde y ondulada como un mar de tierra adentro, el plácido cielo enmarañado sobre el que luce un sol benigno que brinda al ponerse crepúsculos desgarrados; los vetustos Colleges góticos y Victorianos, el Merton, el Queen's, el All Soul, el Jesús, el Magdalen, el St John's, el Worcester, que rivalizan en belleza con los más vanguardistas y ultramodernos, como el St Catherine's, una mole geométrica de hormigón y vidrio obra del arquitecto danés Arne Jacobsen. Y envolviéndolo todo, una atmósfera invisible, pero rotunda y plena, de acendrada vida intelectual, un aire cuajado de cavilaciones, notas y versos —aquí estudió el poeta romántico Percy Shelley—, de pensamientos audaces, de teorías científicas y filosóficas revolucionarias. En ese marco incomparable, que susurra al oído que «no hemos venido a esta tierra para vivir mejor o peor», sino para «ascender en globo betanceiro al firmamento de la espiritualidad» (F. Arrabal), vivió Lewis, en él estudió, leyó, escribió y enseñó, en él amó, en él recibió el don de la fe y en él murió.

La poesía, dice William Wordsworth, es un «desbordamiento espontáneo de emociones intensas» que manan de seres excepcionales dotados de un «espíritu divino» capaz de evocar ideas y pasiones sin necesidad de excitación exterior. Los poetas son unos exagerados. Les encanta la hipérbole y la adulación narcisista, se creen de otra pasta y se consideran la aristocracia espiritual de la humanidad. Muchos de ellos piensan estar poseídos por una pasión incontrolable que dirige sus plumas en busca de palabras bellas y precisas. Sin comer ni beber ni dormir, de una tacada, escribió Rilke, según propia confesión, las *Duynische Elegien*.

No entro a discutir ahora la jactancia del esteticismo, que llenó el siglo XIX de gallitos engolados. Sólo sé que yo, necesitado de «excitación exterior», he precisado ver de cerca el mundo de Lewis para entender mejor su obra, recorrer las calles por las que deambulaba las tardes apacibles, acercarme a la casa en que vivió y murió, visitar las ciudades en las que transcurrieron sus días de lecturas, escrituras y quehaceres domésticos, y revivir con la imaginación sus clases, que aún parecen retumbar en las aulas centenarias de la Universidad de Cambridge. ¡Cuánto me gustaría que el conocimiento directo del escenario de su obra, la familiaridad, el apego, la intimidad y la querencia logrados con la cercanía, aguzara mis sentidos y afinara mi inteligencia para percibir la riqueza de su pensamiento y percatarme de los detalles apuntados, las alusiones sugeridas, las insinuaciones a medias palabras, las indirectas y tantos y tantos pormenores dados como puntadas finas por su pluma penetrante!

Cuando traduje *El diablo propone un brindis* (Rialp, Madrid, 1993), me sorprendió ver cómo destacaban entre las demás ideas el bien, la verdad y la belleza, cuyo perfil majestuoso aparecía una y otra vez al hilo de la argumentación. Eso me hizo pensar que acaso fueran la verdadera trama de la obra. *El problema del dolor* (Rialp, Madrid, 1994) fue una experiencia intelectual hermosa que me permitió saborear y entender el sentido del dolor, un fenómeno intrincado donde los haya sobre el que el hombre ha vuelto ininterrumpidamente con fortuna desigual. Dios en el banquillo se parece y se distingue de las dos. Como ambas, es picuda, sutil, afilada y fina. Expresa lo difícil con claridad de mediodía. La sencillez, que es la conquista más difícil, no atenúa el rigor del pensamiento, que Lewis mantiene a rajatabla coexistiendo en buena armonía con la precisión y la transparencia. Lewis habla siempre a las claras y sin disimulos. Sus palabras son claros de luna, cuya luz baña el paisaje del pensamiento. Dios en el banquillo es, como las ante-

riores, una obra arrojada y valiente que no se arruga ante los problemas. Ni lo escabroso ni lo peliagudo ni lo engorroso la arredran.

Dios en el banquillo es única en muchos aspectos. Nada la distingue más, seguramente, que su juiciosa doctrina moral. «Si hay un libro capaz de librarnos de los excesos de locura y maldad, es éste». Estas palabras de Walter Hooper sobre *The Abolition of Man* valen también para Dios en el Banquillo, cuya razonada defensa de la Ley Natural y la moralidad está llena de sano juicio y buen sentido.

Hoy abundan las éticas. Las hay para todos los gustos: formales, materiales, indoloras, deontológicas, utilitarias, ecológicas, ecuménicas, aldeanas, de consenso y de lucha, de la sociedad civil, para la paz nuclear y hasta para náufragos. Pero la mayoría monta sus máximas al aire. Son como hojas arrancadas de la rama, sin savia ni vitalidad ni vida, que el viento arrastra y el sol amarillea. Les falta apoyo, soporte y fundamento. No son más que moralina con una función emoliente parecida a la de las cataplasmas: se aplican cuando duele y después se tiran. La de Lewis no es así. Lewis sabe lo que se trae entre manos. Conoce muy bien que el hombre es un poeta inveterado, hermoeador del mundo, grande, espléndido, extraordinario, magnífico. «El hombre mira el cielo estrellado, el mono no». Su imaginación crea lo sublime como por arte de magia, convirtiendo la cantidad en cualidad. Es imagen de Dios.

El hombre, vate empedernido, es ante todo poeta de sí mismo: esculpe su figura interior obrando. Con el fino escarpelo de la acción labra su personalidad y la moldea. Si gorronea se hace gorrón; si disimula, ladino; si da, desprendido; si ora, devoto, y si pinta y pinta aprende a ver. La ética no es importante como un adorno, sino porque, al obrar, el hombre se la juega. No es ni moralina ni una estrategia de acción ni un clavo ardiendo al que agarrarse en caso de apuro, sino el modo humano de estar en el tiempo. De ahí la estrecha conexión que mantiene con la vida. Su misión

consiste en ayudarla a crecer y a que no se malogre. Abarca, en suma, todas las dimensiones del ser humano, que se vuelve ininteligible sin ella.

Pocas éticas dan la talla y casi ninguna está a la altura del afán por ascender. El utilitarismo es de las más lerdas. La «maximización de la felicidad» se halla a años luz de la aspiración humana al crecimiento. Quien busca la felicidad universal como sea termina encanallándose. Llenar de dicha la tierra a cualquier precio embota la sensibilidad moral. «El fin justifica los medios» frena en seco el estirón moral del hombre. Cuando vale todo —la mentira, la traición, la indecencia— el ser humano se encoge y acoquina por dentro. La existencia entera se queda sin el lujazo exuberante de la grandeza moral. Una cosa es buena, dice el utilitarista, si ayuda a alcanzar la felicidad. Mala es si impide conseguirla. Su único problema consiste en determinar cuánto gozo acarrearán las acciones. Al cristiano, mucho más exigente, no le basta con eso. Las malas acciones le parecen reprobables aunque le ofrezcan ventajas. «No podemos hacer el mal aunque incremente la felicidad de la mayoría. Es injusto».

El cálculo utilitario, un vaho espeso sobre la planicie moral, empaña la pureza ética y desdibuja sus contornos. Hace falta brisa fresca para orear el ambiente. Eso es la moral cristiana: una bocanada de aire puro. Hasta los no cristianos lo reconocen. «Cuando disputo con personas que no admiten a Dios, dice Lewis, descubro que insisten en decir que están completamente a favor de la enseñanza moral del cristianismo. Parece haber un acuerdo general acerca de que en la enseñanza de este Hombre y de Sus inmediatos seguidores la moral se manifiesta en su forma mejor y más pura. No es idealismo sentimental, sino plenitud de sabiduría y de prudencia. Es realista en su conjunto, pura en su más alto grado, el producto de un hombre sensato. Es algo extraordinario».

Pero la ética no basta. Al hombre, llamado a participar de la vida divina, se le queda corta. El hombre, como entrevió el inspirado Rilke, está más allá del fin. Nada humano lo llena. Su alma es una flecha lanzada al infinito. Sólo el agua de «aquella eterna fuente» calma la sed humana. Los anhelos de los hombres vuelan hacia el manantial sin origen —«su origen no lo sé pues no lo tiene, mas sé que todo origen de ella viene»— en pos de una fontana de corrientes caudalosas, cuya «claridad nunca es oscurecida y toda luz de ella es venida». La moral no da para tanto. La mera moralidad, dice Lewis, no es el fin de la vida. Hemos sido hechos para algo distinto de eso. La gente que sigue preguntándose si no puede llevar una «vida decente» sin Cristo no sabe de qué va la vida. Si lo supiera, sabría que una «vida decente» es mera tramoya comparada con aquello para lo que los hombres hemos sido realmente hechos. La moralidad es indispensable. Pero la Vida Divina, que se entrega a nosotros y nos invita a ser dioses, quiere para nosotros algo en lo que la moralidad pueda ser devorada. Tenemos que ser hechos de nuevo... La idea de lograr «una vida buena» sin Cristo descansa en un doble error. El primero es que no podemos. El segundo consiste en que, al fijar la «vida buena» como meta final, perdemos de vista lo verdaderamente importante de la existencia. La moralidad es una montaña que no podemos escalar con nuestro propio esfuerzo. Y si pudiéramos, pereceríamos en el hielo y en el aire, irrespirable de la cumbre, pues nos faltarían las alas con las que completar el resto del viaje. Pues a partir de ahí comienza la verdadera ascensión.

JOSÉ LUIS DEL BARCO
Oxford, agosto 1995.

Prefacio

C. S. Lewis es un escritor de este siglo al que cuadra exactamente el epigrama griego sobre Platón: «Tomemos la dirección que tomemos, nos toparemos con él en el camino de vuelta». Lewis fue único en argumentar la verdad y en seguir un argumento hasta su conclusión lógica. Probablemente sea esto, junto con su grandiosa claridad, lo que ha hecho que se le considere como alguien que entendió de qué trataba el cristianismo mejor que muchos que se ocupan de sus detalles más pequeños.

No hay más que examinar el ensayo «El Mito se Hizo Realidad», en el que Lewis pasa de una zancada las trampas en que se amargan tantos escritores modernos, incluidos los no creyentes, que no hace mucho pensaron asombrarnos con la obra *El Mito del Dios Encarnado* (1977). Comparada con la obra de Lewis, la de los no creyentes es aburrida. Hoy día «mito» se usa, a menudo, como sinónimo de «mentira», o, en el mejor de los casos, como un tipo de lenguaje plástico para salvajes. Qué tediosos se han vuelto nuestros contemporáneos. En su turbulenta y atea juventud, Lewis llegó tan lejos como indica esta carta del 12 de octubre de 1916, en la que escribe a Arthur Greeves, uno de sus más viejos amigos: «Las religiones, es decir, las mitologías, que es su verdadero nombre, son meramente invenciones del propio hombre... Así se creó la religión, es decir, la mitología. A menudo grandes hombres, como Hércules u Odín, son considerados también dioses después de la muerte. De igual forma, un filósofo hebreo, Yeshua, cuyo nombre hemos alterado hasta convertirlo en Jesús, fue con-

siderado un dios después de la muerte, y nació un culto, que se conectó después con la vieja adoración hebrea a Yavé. Así nació el Cristianismo, una mitología más».

A los eruditos modernos que podrían haber encontrado un aliado en él los hubiera parado ahí. Pero Lewis continuó argumentando consigo, pensando asiduamente en el «mito». Por «mito» entendía la existencia de casos semejantes de un mismo suceso, como el dios agonizante resucitado, que se encuentra en muchas religiones. La respuesta que había estado buscando se le presentó la mañana del 19 de septiembre de 1931, en que invitó a J. R. R. Tolkien y Hugo Dyson a cenar en el Magdalen College. La conversación continuó toda la noche: en la habitación de Lewis y paseando bajo los árboles del Addison's Walk, en el que soplaban un viento impetuoso. Impetuosos eran también los pensamientos que cruzaban por la mente de Lewis. Esa misma noche definió el mito como «respirar una mentira a través de plata». Antes de amanecer se había convertido. En una carta escrita poco después a Greeves, le dice: «Lo que me mostraron Dyson y Tolkien fue que no debía importarme en absoluto encontrar la idea de sacrificio en una historia pagana, ni la de un dios que se inmolaba a sí mismo. Esto me gustó mucho y me conmovió. También me hicieron ver que la idea del dios muerto y resucitado (Balder, Adonis, Baco) me impresionaba, asimismo, siempre que la encontrara en cualquier sitio excepto en el Evangelio... Ahora bien, la historia de Cristo es, sencillamente, un mito verdadero: un mito que nos afecta como los demás mitos, pero con la extraordinaria diferencia de que ocurrió realmente».

Lewis creía que si muchos teólogos profesionales, en lugar de nadar entre dos aguas, hubieran explicado el cristianismo a la gente, él no habría pasado ningún apuro. Tal como estaban las cosas, se vio obligado por su conciencia a hacer todo lo que pudiera para satisfacer la necesidad más urgente. Para Lewis era claro que «no hay nada en la naturaleza de las generaciones jóvenes que las incapacite para

recibir el cristianismo». Pero es indudable que «ninguna generación puede legar a sus sucesores lo que no ha recibido».

Su misión hubiera sido más fácil si los teólogos modernistas no hubieran escrito nunca nada. Pero aunque los teólogos modernistas, con su apostasía e hipocresía, le impulsaban con frecuencia a escribir, su motivación permanente era un amor inmovible a Dios y a aquellos a los que el Pastor vino a salvar. A esto dedicó generosamente tiempo y dinero. ¿De dónde sacaba tiempo? Durante su admirable apostolado como defensor del cristianismo vigoroso y sobrenatural, no eludió nunca sus tareas. «La parte de la línea, decía, en la que pensaba que podría servir mejor era también la que parecía ser la más delgada. Y, naturalmente, hacia ella fui».

Lewis ha resultado ser más profético, incluso, de lo que su propia generación le reconoció. Otro ensayo oportuno de este libro, «¿Sacerdotisas en la Iglesia?», será un anatema para obispos modernistas y demás personas que se han alineado con el Mundo y que olvidan que lo que estiman como «dirección» viene de algún otro sitio que del cielo.

Los ensayos reunidos en este libro iban dirigidos a defender el cristianismo ortodoxo, especialmente los elementos milagrosos, que, si se quitaran, derribarían todo el edificio de la fe. Han sido extraídos de la obra de Lewis *Undeceptions: Essays on Theology and Ethics* (1971), de la que representan aproximadamente la mitad del contenido. Pero la aparición original de todos ellos es anterior.

(1) «Milagros» fue un sermón pronunciado en San Judas, en la Hill Church de Londres, y apareció en *St Jude's Gazette*, N° 73 (octubre, 1942), pp. 4-7. Una versión más breve y ligeramente modificada de este sermón fue publicada en *The Guardian* (2 de octubre de 1942), p. 316.

(2) «El dogma y el universo» fue publicado en dos partes en *The Guardian* (19 y 26 de marzo de 1943), pp. 96,104,107.

(3) «El mito se hizo realidad» apareció por primera vez en *World Dominion*, vol. xxii (septiembre-octubre 1944), pp. 267-270.

(4) «Religión y ciencia» ha sido tomado de *The Coventry Evening Telegraph* (3 de enero de 1945), p. 4.

(5) «Las leyes de la naturaleza» procede también de *The Coventry Evening Telegraph* (3 de enero de 1945), p. 4.

(6) «El gran milagro» es un sermón predicado en San Judas, en la Hill Church de Londres, que fue publicado posteriormente en *The Guardian* (27 de abril de 1945), pp. 161, 165.

(7) «¿Hombre o conejo?» fue publicado originalmente como folleto por el Movimiento de Estudiantes Cristianos en la Escuela. No tiene fecha, pero apareció, probablemente, en 1946.

(8) «El problema del señor 'X'» apareció publicado por primera vez en el *Bristol Diocesan Gazette*, vol. xxvii (agosto de 1948), pp. 3-6.

(9) «¿Qué debemos hacer con Jesucristo?» ha sido tomado de *Asking Them Questions, Third Series*, ed. Ronald Selby Wright (Oxford University Press, 1950), pp. 95-104.

(10) «¿Debe desaparecer nuestra imagen de Dios?» ha sido tomado de *The Observer* (24 de marzo de 1963), p. 14.

(11) «¿Sacerdotisas en la Iglesia?» fue publicado originalmente como «Notes on the Way» en *Time and Tide*, vol. xxix (14 de agosto de 1948), pp. 830-1.

(12) «Dios en el banquillo» es el título que yo he dado a «Difficulties in Presenting the Christian Faith to Modern Unbelievers», *Lumen Vitae*, vol. iii (septiembre de 1948), pp. 421-6.

(13) «No existe un 'derecho a la Felicidad'» es lo último que Lewis escribió antes de su muerte, en noviembre de 1963, y apareció poco después en *The Saturday Evening Post*, vol. ccxxxvi (21-28 de diciembre de 1963), pp. 10, 12.

Éste es un libro que no gustará a quienes consideran la lectura como algo «de buen tono». Pero el error no es del libro. «Todo lo que no es eterno, decía Lewis, está eternamente pasado de moda». El tránsito veloz de los libros «sensacionales» y «al día» debe ser una advertencia suficiente de que, a menos que nos tomemos a pecho esas palabras sensatas, podríamos volar más allá de lo único que, con optimismo, hemos tratado de encontrar.

WALTER HOOPER
Oxford, agosto 1978.

I. Milagros (1942)

En toda mi vida sólo he conocido una persona que dijera haber visto un espíritu. Era una mujer, y lo interesante es que antes de verlo ella no creía en la inmortalidad del alma, y sigue sin creer después de haberlo visto. Piensa que fue una alucinación. En otras palabras, ver no es creer. Esto es lo primero que hay que aclarar al hablar de los milagros. No consideraremos milagrosa ninguna experiencia que podamos tener, sea la que sea, si de antemano mantenemos una filosofía que excluye lo sobrenatural. Cualquier suceso que se considera milagro es, a la postre, una experiencia recibida por los sentidos, y los sentidos no son infalibles. Siempre podremos decir que hemos sido víctimas de una ilusión. Si no creemos en lo sobrenatural, eso es lo que diremos en todos los casos.

Acerca de si realmente los milagros se han acabado o no, parecería, ciertamente, que habrían terminado en Europa Occidental cuando el materialismo se convirtió en credo popular. Pero no nos equivoquemos. Aunque el fin del mundo se presentara con los adornos reales del *Libro de la Revelación*^[1], aunque el moderno materialista viera con sus propios ojos revolverse los cielos^[2] y aparecer el gran trono blanco^[3], aunque tuviera la sensación de ser arrojado al Lago de Fuego^[4], continuaría por siempre, hasta en el mismo lago, considerando su experiencia como una ilusión y encontrando la explicación en el psicoanálisis o en la patología cerebral. La experiencia por sí misma no prueba nada. No hay experimento que pueda resolver la incertidumbre de una persona que duda si está soñando o despierto,